

EL POSITIVISMO EN BRASIL Y MÉXICO. UN ESTUDIO COMPARATIVO

Gyula Horváth y Sára H. Szabó

Durante la tercera parte del siglo XIX no hubo ninguna tendencia filosófica e ideología política que influyera de forma tan dinámica en América Latina como el positivismo. Su éxito puede ser explicado por haber sido impulsado por miembros de los departamentos universitarios de filosofía, encontrando entre sus partidarios a presidentes, ministros de Hacienda e historiadores. Tras las luchas entre liberales y conservadores, el positivismo -con su demanda de desarrollo pacífico- se presentó buscando respuesta a las cuestiones básicas que inquietaban a las sociedades latinoamericanas.

Dicha tendencia llegó a América Latina desde Europa, adaptándose a las condiciones locales. “La América practica lo que piensa Europa”,¹ declaró con mucha autoestima el argentino Alberdi,

¹ Bautista Alberdi, Juan, “Ideas para presidir a la Confección del curso de Filosofía Contemporánea”, *Pensamiento Positivista Latinoamericano*. Compilación, Prólogo y Cronología por Leopoldo Zea. Caracas, Biblioteca Ayacucho, tomo 1, 1980, p. 65.



Universidad de Kaposvár. Hungría
Correo electrónico: horgy@mail.atk.u-kaposvar.hu

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 42, julio-diciembre de 2005.

pero añadía, esta filosofía tiene que estar orientada a la práctica, es decir, sólo cumplirá su papel transformador si se adapta a las condiciones existentes, si da respuestas concretas y de utilidad inmediata a los retos de la realidad económica, política y social, sin aventurarse en explicaciones filosóficas abstractas.² Según Alberdi:

...no hay, pues, una filosofía universal, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filósofo ha tenido su filosofía peculiar, que ha cundido más o menos, que ha durado más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela ha dado soluciones distintas de los problemas del espíritu humano (p. 61)... Una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad. Una filosofía contemporánea es la que resuelve los problemas que interesan por el momento. América será que resuelva el problema de los destinos americanos. La filosofía, pues, una en sus elementos fundamentales como la humanidad, es varia en sus aplicaciones nacionales y temporales... Lo que interesa a cada pueblo es conocer su razón de ser, su razón de progreso y de felicidad, y no es sino porque su felicidad individual se encuentra ligada a la felicidad del género humano. Pero su punto de partida y de progreso es siempre su nacionalidad... De aquí es que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en su proceder, republicana en su espíritu y destinos.³

De esta forma, se esperaba que el positivismo latinoamericano se adaptara a las condiciones regionales a fin de que diera respuestas a los problemas concretos de algunos países. En este sentido, los pensadores latinoamericanos interpretaron de forma bastante libre algunas de sus tesis.

El presente texto analizará el rol histórico del positivismo en Brasil y México. La selección de estos países fue motivada por las variopintas respuestas que dicha filosofía originó en ellos. Si bien

² *Idem.*

³ *Ibid.*, p. 66.

apareció más o menos al mismo tiempo, en Brasil se apoyó en las enseñanzas de Auguste Comte, en tanto que en México se retomó en mayor medida a Herbert Spencer. Debido a que un análisis completo del conjunto de supuestos rebasaría los límites de este trabajo, nos hemos centrado en las diferencias y semejanzas de varios de sus principales planteamientos, entre ellos los siguientes:

- 1.- La ley de tres estadios
- 2.- La evolución contra la revolución (las ciencias y la modernización)
- 3.- El “orden y el progreso”, la aplicación de la tesis de la dictadura virtuosa comtiana
- 4.- El positivismo y la religión
- 5.- El positivismo y la cuestión étnica
- 6.- La supervivencia del positivismo

La ley de los tres estadios

Como la mayoría de los positivistas latinoamericanos, los brasileños y los mexicanos aceptaban la tesis de Comte sobre los tres estadios de la historia de la humanidad: 1) el teológico, 2) el metafísico, 3) el positivo. Consideraban que durante el periodo colonial ambos países habían atravesado por el primero de estos estadios, una época feudal y militar, caracterizada por la dependencia personal a los poderes real y eclesiástico, cuya fuerza y presencia eran incuestionables. El segundo correspondía al periodo inmediatamente posterior a la independencia, durante el cual los liberales lucharon por disolver muchas de las instituciones del sistema colonial, estableciendo otras nuevas. Sin embargo, es aquí donde se presentan algunas diferencias entre los puntos de vista de brasileños y mexicanos, incluso entre los positivistas mexicanos no existió unidad en la apreciación del liberalismo.

Hasta la República Restaurada, México se caracterizó por la sangrienta lucha -durante más de cuatro décadas- entre liberales y conservadores. Esta situación provocó que para la mayoría de los positivistas mexicanos los liberales fueran los culpables de la falta de

desarrollo, pues si bien éstos representaban el progreso, no habían podido establecer el orden necesario para su despliegue. Los conservadores, por su parte, se habían aferrado sólo a la consecución del orden. De esta forma, una de las tareas era impulsar ambos principios como una unidad: el orden y el progreso.

Para la mayoría de los positivistas las leyes plasmadas en la Constitución de 1857 habían traído el “caos” a México, pues la sociedad aún no alcanzaba la madurez necesaria para una plena libertad. Justo Sierra consideraba que la Constitución no era más que una utopía y habría que regresar al país a su realidad.⁴ No obstante, en un primer momento, ideólogos como Gabino Barreda reconocieron los avances producidos por las reformas. Para Barreda dichas leyes habían mostrado el “camino de la civilización”, incluso había expresado que la Constitución era una especie de “faro luminoso”.⁵ Con todo, el positivismo mexicano consideró la necesidad de trascender el periodo liberal para, de este modo, alcanzar el anhelado tercer estadio de desarrollo.

En Brasil, a diferencia de México, el Imperio (1822-1889) no enfrentó tales movimientos políticos. Aquí no podemos hablar de luchas radicales entre liberales y conservadores, sino sólo de disputas entre ellos. La principal razón es que tanto los primeros como los segundos estaban interesados en mantener una economía basada en la esclavitud. El antagonismo violento entre ambos hubiese tenido severas consecuencias, pues se corría el riesgo de que cualquier revuelta fuese acompañada de rebeliones de esclavos (lo que hubiera colocado a Brasil en una situación potencialmente semejante a la de Haití). Entre los grupos políticos brasileños, los conservadores eran partidarios del orden, pero manteniendo la unidad, ya que temían que las aspiraciones liberales trajeran la pérdida de la unidad geográfica nacional. Por su parte estos últimos veían en la

⁴ Justo Sierra expone su opinión sobre la historia de México en el libro *Evolución política del pueblo mexicano*, México, La Casa de España, 1940; Sára Szabó H.- Gyula Horváth, *Le libéralisme, le conservatisme et le positivisme au Brésil et au Mexique*, Hispânia, Szeged, 1998.

⁵ Gabino Barreda, “Oración cívica”, *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, tomo 1, p. 296.

democratización del país la vía para el progreso.⁶ Consideraban además que el estadio metafísico se había extendido demasiado tiempo, agravándose durante este periodo los problemas del país. Esta posición determinó que una parte de éstos contribuyera activamente a la caída de la monarquía en 1889.

Los positivistas mexicanos y brasileños creían, hacia la década de los setenta del siglo XIX, que las condiciones para el arribo al estadio positivo habían madurado, y por tanto, con la ayuda de las ciencias, era necesario poner fin a la anarquía y a los conflictos políticos, manteniendo al mismo tiempo el orden y el interés por el progreso. Ello sentaría las bases para el inicio gradual del desarrollo industrial. En la nueva etapa serían los científicos quienes ayudarían en la dirección del Estado, el cual debía de ser fuerte y, de ser necesario, hasta dictatorial a fin de mantener el orden. La armonía y el desarrollo evolutivo eliminarían las revoluciones. De esta forma, se aceptó la ley de los tres estadios en ambos países. Incluso consideraban que la sociedad respaldaría la necesidad de pasar al estadio positivo y, por tanto, justificarían el protagonismo político de los positivistas.

La evolución contra la revolución (las ciencias y la modernización)

El positivismo está en contra de la revolución y los cambios radicales. Nació en Europa como ideología de una burguesía interesada en consolidarse tras las victorias del ciclo revolucionario precedente. La burguesía no deseaba la participación política de nuevas fuerzas sociales –como el proletariado– ya que ellas podrían representar peligros no previsibles. Comte consideraba a la revolución como una enfermedad de la sociedad y proponía tomar un camino evolutivo bajo la dirección de los científicos. Con ello se podían suprimir los problemas de balance. La revolución era, según su punto de vista, una interferencia (no natural) en el desarrollo moral de la sociedad.

⁶ Vamirech Chacon, *Historia dos Partidos Brasileiros*, (Coleção Temas Brasileiros), Brasília, Ed. Universidade de Brasília, volume 5, 1981, p. 29.

Con la excepción de Brasil, América Latina experimentó tras su independencia una etapa de continuas convulsiones internas. El caso de México es paradigmático, ya que entre 1824 y 1848 hubo 250 revueltas. Durante este tiempo, 31 presidentes alcanzaron el poder, 21 de ellos entre 1841 y 1848.⁷ De ahí que esta tesis comtiana fuera aceptada por los positivistas latinoamericanos.

En el enfrentamiento de los conceptos evolución y revolución se pone de manifiesto una diferencia fundamental entre los positivistas brasileños y los mexicanos, pues los primeros se mantuvieron en el terreno de la ortodoxia comtiana, mientras que en este punto los segundos fueron más influidos por Spencer. Justo Sierra expresó claramente el por qué, debido a las condiciones mexicanas, habían tomado ese camino.

Para mí está fuera de duda que la sociedad es un organismo, que aunque distinto de los demás, por lo que Spencer le llama 'Superorganismo', tiene sus analogías innegables con todos los organismos vivos. Yo encuentro, por ende que el sistema de Spencer, que equipara la industria, el comercio y el gobierno, a los órganos de nutrición, de circulación y de relación con los animales superiores es verdadero...⁸ (Así pues) la sociedad como todo organismo, está sujeta a las leyes necesarias de la evolución: que éstas en su parte esencial consisten en un doble movimiento de integración y de diferenciación en una marcha de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo incoherente a lo coherente, de lo indefinido a lo definido. Es decir, que en todo cuerpo, que en todo organismo, a medida que se unifica o se integra más, sus partes más se diferencian, más se especializan, y en este doble movimiento consiste el perfeccionamiento del organismo, lo que en las sociedades se llama progreso.⁹

Por cuanto -según Sierra- la sociedad es un organismo vivo, "el día que un partido llegara a mantenerse organizado, la evolución política reemprendería su marcha, y el hombre, necesario en las

⁷ Wittman, Tibor, *Historia de América Latina*, Budapest, Corvina Kiadó, 1980, p. 300.

⁸ Citando a Sierra: Arnaldo Córdova, *La Ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, Ediciones Era, 1973, p. 54.

⁹ *Idem*.

democráticas más que en las aristocráticas, vendría luego; la función crearía un órgano”.¹⁰ El “organismo vivo” es una formación muy complicada. Ésta no puede ser dirigida con la preparación y conocimiento anteriores. En su dirección es necesaria la participación de los científicos, pues sólo mediante su previsión se podría asegurar la armonía del orden y el progreso; únicamente un gobierno de esas características podría evitar las revoluciones y las enfermedades de la sociedad “viva”.

Sierra partía de la tesis de que la libertad humana no se aseguraba con el nacimiento, sino con el desarrollo social. El principio cardinal de esta concepción era el de someter la libertad egoísta de los liberales a las necesidades y posibilidades de la sociedad. Es decir, un determinado desarrollo social determinaba las medidas de la libertad individual. Mientras más desarrollada era la sociedad, mucha mayor libertad garantizaba al individuo. En el orden de valores el buen ciudadano era quien se supeditaba a la voluntad social (en última instancia al gobierno o, tomando en consideración la época en cuestión, al dictador-presidente Porfirio Díaz). Sierra -siguiendo a Comte- consideraba muy importantes las manifestaciones altruistas. Leopoldo Zea valoró lo arriba expuesto de la siguiente manera: “El individuo puede pensar lo que quiera, pero debe obrar conforme al interés de la sociedad”.¹¹ Simplificando esto podríamos decir que, el hombre es libre, no porque lo sienta sino porque se lo dicen.

Esta idea de libertad cambió con el tiempo, pues se relacionaba con la concepción de que en el periodo positivo el Estado tenía que asegurar mayores libertades a aquellos que habían contribuido activamente en el desarrollo evolutivo. Dicha selectividad es asociada por Leopoldo Zea con la libertad económica interpretada por Stuart Mill y Herbert Spencer.¹²

¹⁰ Sierra, Justo, “La era actual”, Mario Contreras y Jesús Tamayo, *México en el siglo XX. 1900-1913. Textos y Documentos*, México, UNAM, tomo 1, 1975, p. 221.

¹¹ Zea, Leopoldo, *El positivismo en México. Nacimiento, Apogeo y Decadencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 111.

¹² *Ibid*, p. 403.

Tan pronto como el presidente Porfirio Díaz instauró el orden, con la ayuda “científica” elaboró la primera estrategia de desarrollo económico del país.¹³ Con todo, no se puede afirmar que entre los científicos y Díaz hubiera una relación directa, a pesar de que algunos miembros de este grupo participaron en el gobierno, como José Yves Limantour, quien fue ministro de Finanzas. De ahí que, para Luís González, los científicos “serán un apéndice decorativo y útil del poder. Decorativo porque el grupo contaba con las mejores plumas, los mejores oradores y las más exquisitas formas de comportamiento. Útiles para mil cosas por su sabiduría y ambiciones”.¹⁴

La política económica inspirada y apoyada por los positivistas alcanzó vistosos resultados durante las tres últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX.¹⁵ Se abrieron las puertas al capital extranjero. José Ives Limantour declaró que había que ofrecer al capital extranjero las riquezas inexplotables, sean éstos americanos, ingleses o franceses: “No hay que preocuparse; los capitales extranjeros darán trabajo... y crearán capitales mexicanos. Pero esto sólo se puede conseguir abriendo nuestras puertas al mundo entero, no por generosidad, sino por nuestro propio interés”.¹⁶ Ello trajo como resultado la preponderancia del capital extranjero. Baste mencionar que en manos mexicanas solo estaba un 4% del monto total de los capitales extranjeros invertidos en minería e industria petrolera.¹⁷

La concentración del capital en la agricultura, recomendada por los científicos, fue llevada también hasta el final. La venta y la medición de las tierras que no tenían dueños fue uno de sus mecanismos. Aunque la finalidad inicial era que los inmigrantes accedieran a la tierra, una buena parte de los terrenos baldíos quedó

¹³ La historiografía mexicana denomina Porfiriato al periodo del dictador-presidente Porfirio Díaz (1876-1911). Arnaldo Córdova, Op. Cit., p. 42.

¹⁴ González, Luís, “El liberalismo triunfante”, *Historia general de México*. México, El Colegio de México, tomo 3, 1976, p. 226.

¹⁵ *Ibid*, pp. 231-245.

¹⁶ Ives Limantour, José, “El capital extranjero”, Mario Contreras y Jesús Tamayo, *México en el siglo XX...*, p. 171.

¹⁷ Wittman, Tibor, *Historia de América Latina...*, p. 313.

en manos de grandes terratenientes (en varias ocasiones se trataba de tierras confiscadas a los ejidos). En aras del desarrollo acelerado, los positivistas mexicanos no supieron ver el coste social de estas medidas. En este sentido, de manera un tanto paradójica, ellos, que querían evitar la revolución, contribuyeron en gran medida a su estallido.

En Brasil, los positivistas se mantuvieron sin ninguna excepción las enseñanzas de Comte. Spencer y sus ideas de revolución y evolución no fueron consideradas. Los brasileños Miguel Lemos y Teixeira Mendez entraron en contacto con el positivismo en París, pues habían visto en Émil Littre la continuación de las teorías de Comte, más tarde, a partir de 1877, Méndez retornaría a la ortodoxia comtiana representada por Pierre Laffitte.¹⁸ Este grupo se hizo llamar *Igreja Positivista Brasileira*, aunque utilizaron la denominación cotidiana de *Apostolado Positivista Brasileiro* (en adelante, Apostolado).

El Apostolado consideraba que para la monarquía brasileña esclavista la única vía era el desarrollo gradual. Eran dos las tareas más importantes: la abolición de la esclavitud y la constitución de la república. Para los positivistas la resolución de ambas cuestiones debía producirse mediante la evolución. Ello no significa que -para este grupo- un cambio rápido pero dirigido desde arriba (por ejemplo, una ley que liberara a los esclavos o un golpe militar que derrocara al imperio) fuera contrario al desarrollo en su conjunto, pues pese a que estos cambios parecieran revoluciones, no eran transformaciones evolutivas que antecedían a la revolución industrial.

¹⁸ Antônio, Paim, *O Apostolado Positivista e A República*. Universidade de Brasilia, Brazilia, 1981. (Introducción) Con la muerte de Auguste Comte (1857), la tendencia espiritual positivista se desdobló en dos escuelas: 1) La dirigida por el grupo de Émile Littré, 2) La dirigida por el grupo de Pierre Laffitte. Esta última tendencia ortodoxa trabajó por la difusión del positivismo como religión. Después de que con la muerte de Comte quedara vacía la prelación del positivismo, Laffitte fue elegido para este puesto. A este grupo le sucedió en 1878 la escuela inglesa, y en 1883, la escuela brasileña dirigida por Miguel Lemos. Justificaron su separación con la explicación de que habían regresado al Comte "original". (Varios positivistas en Brasil mantuvieron en lo adelante relaciones con Laffitte. Por ejemplo, Benjamim Constant). Laffitte difundía y dirigía el culto a la "religión de la Humanidad" en la revista bimensual *Revue Occidentale*.

Los positivistas brasileños lucharon consecuentemente contra la esclavitud. En 1889 habían encabezado un movimiento emancipador, promoviendo al interior del gremio, la liberación de los esclavos.¹⁹ La actitud personal era muy importante, legitimaba la posición del Apostolado al interior del movimiento abolicionista. Joaquim de Mendonça, por ejemplo, era un esclavista a quien Lemos invitó a desprenderse de sus esclavos.²⁰ La esclavitud fue desapareciendo gradualmente en Brasil gracias a los efectos de las leyes de 1865, 1871 y 1888. Los “cadetes filósofos”, un ala del Apostolado que actuaba de forma más o menos independiente, jugaron un papel relevante en la caída del imperio en 1889, sobre todo los oficiales organizados alrededor de Benjamim Constant, un profesor de matemáticas de la Escuela Militar.

La producción cafetalera constituyó la base de la prosperidad económica de la denominada Primera República (1889-1930). En 1930 la participación de este fruto en el total de las exportaciones brasileñas fue de 64.8% y, en cuanto a la provisión mundial, Brasil aportaba un 65.9%.²¹ Debido a ello los propietarios de las plantaciones mantuvieron el poder político y económico del país. Este desarrollo no se tradujo en un auge industrial, pese a ello los positivistas tomaron varias medidas en el terreno educativo y económico. El Acuerdo de Taubatei aseguró –al menos respecto al café– un tranquilo desarrollo evolutivo,²² pues permitía la adquisición, a un precio garantizado por parte del Estado, de toda la producción cafetalera, la cual se almacenaba hasta que tuviese un buen precio en el mercado mundial. Gracias a este acuerdo se aseguró la tranquilidad económica y disminuyó la inflación,

¹⁹ “Oitava Circular anual – 1889” (de Apostolado), Antônio Paim, *O Apostolado Positivista e A República...*, pp. 20-21.

²⁰ Intercambio de cartas de Mendonça con Laffitte. Citado por Ivan Lins, *Historia do Positivismo no Brasil*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1964, p. 642.

²¹ *Quadros Estatísticos*, Rio de Janeiro, 1938, p. 12; Lima Campos, *O Imperativo Económico Brasileiro*, Rio de Janeiro, 1937, p. 34.

²² Burns, Bradford, *A Documentary History of Brasil*, New York, 1966, pp. 326-329. Sobre la primera República véase Gyula Horváth: *Ültetvény és politika* [Plantación y política], Hispánia Kiadó, Szeged, 1996, pp. 19-36.

lo que permitió contar con la estabilidad política para atraer capital extranjero y, en cierta forma, alcanzar la paz social que la mayoría de los países latinoamericanos sólo lograron mediante la dictadura.

Sin embargo, Luís Pereira Barreto anotaba en 1901 que era una triste realidad que Brasil dependiera del café, necesitando incrementar más y más la producción.²³ De esta forma, el modelo de desarrollo centrado en el monocultivo cafetalero no condujo al estadio de desarrollo perseguido por los positivistas. La crisis de 1929 y el cambio de gobierno de 1930, la llamada “revolución” de Getúlio Vargas, conducirían a una nueva etapa marcada por el populismo.

El “orden y el progreso”

El positivismo irrumpió en América Latina con el objetivo de pacificar o al menos juntar en una plataforma a las dos fuerzas rivales: liberales y conservadores. La opinión pública contemporánea relacionaba a los liberales con el progreso y a los conservadores con el orden. El lema “orden y el progreso” llegó en el momento adecuado. En México, Gabino Barreda dio a conocer el lema comtiano, cambiando sólo la primera palabra, en lugar de amor puso libertad: “Conciudadanos: que en lo adelante sea nuestra divisa libertad, orden y progreso; la libertad como medio; el orden como base y el progreso como fin...”²⁴

En Brasil, por recomendación del Apostolado, el lema *Ordem e Progresso* se estableció en la bandera (donde todavía se encuentra).²⁵ Los positivistas consideraban que, de no asegurar el orden, había que llevar a cabo la idea comtiana de la dictadura virtuosa y apoyar a un

²³ Pereira Barreto, Luis, “O Século XX sob o ponto de vista brasileiro”, *Plataforma Política do Positivismo Ilustrado*, Brasília, Ed. Antônio Paim, 1981, p. 40.

²⁴ Barreda, Gabino, “Oración cívica”..., p. 296.

²⁵ Respecto al lema, Mendez declaró que anteriormente habían dos partidos, uno de los cuales tenía como lema el Orden, el otro, el Progreso. Él unificó a ambos en uno nuevo, el cual asegura a Brasil el desarrollo armónico tanto política como económicamente. Cita a Comte, declarando que el progreso es el desarrollo del orden, mientras que el orden es la consolidación del progreso. Ivan Lins, *Historia do Positivismo no Brasil...*, p. 337.

dictador capaz de crear el orden necesario para el progreso. Los positivistas latinoamericanos consideraban que dicha dictadura conduciría al estadio positivo o, al menos, a la etapa inicial de éste. Hay que anotar que en latinoamérica, donde el caudillismo era cotidiano durante esa época, era mucho más fácil que en Europa el aceptar una dictadura. En relación con este punto recordemos el caso de Venezuela. Los políticos e historiadores positivistas venezolanos de la época consideraban al régimen del general-dictador Vicente Gómez (1908-1935) como una dictadura virtuosa en el sentido comtiano. Así, el historiador venezolano Laureans Vallenilla Lanz, en su obra *Cesarismo democrático*, afirmaba que los métodos del gobierno de Gómez habían sido necesarios para asegurar el orden y el progreso tras las guerras civiles entre liberales y conservadores.²⁶ Lanz, después de examinar la historia venezolana, determinó que el orden y el progreso siempre eran asegurados por un caudillo adecuado, un “caudillo popular” que disfrutara de la confianza popular (demos); un César democrático: “...los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aún en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior”.²⁷

En México, la mayoría de los positivistas apoyó el gobierno de Porfirio Díaz. Ellos representaban su principal respaldo ideológico, en tanto que el régimen era garante del orden. Por ello defendieron siempre su reelección bajo el argumento de que el pueblo mexicano era inmaduro para la democracia, y que la única elección era aquella entre la dictadura o la anarquía (la revolución). Así respondía Francisco Bulnes a los cuestionamientos de los liberales radicales: “El argumento de los jacobinos: nunca un pueblo democrático hubiera reelegido un

²⁶ Vallenilla Lanz, Laureano, *Obras Completas, Cesarismo Democrático*, Caracas, Universidad Santa María, tomo I, 1983.

²⁷ *Ibid.*, p. 79. “Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal, porque es el que imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance...” Vallenilla Lanz, “Cesarismo democrático y cesarismo teocrático”, *Los Pensadores Positivistas y el Gomecismo*, Caracas, Congreso de la República ed., tomo 7, 1983, p. 120.

sexto mandato. El argumento de los positivistas: ningún pueblo hubiera reelegido un sexto mandato. Pero si se demuestra que una sexta reelección es necesaria en aras de la felicidad nacional, tendremos que deducir que todavía no somos un pueblo democrático”.²⁸

Sobre este punto, Justo Sierra escribió que en la historia hay periodos que requieren de líderes determinados como Cromwell, Napoleón, Washington, Bismarck, Cavour, Juárez, porque se necesita

...un hombre, una conciencia, una voluntad que unificase las fuerzas morales y las transmutase en impulso normal; este hombre fue el presidente Díaz. Una ambición, es verdad, ¿Capaz de subalternarlo todo a la conversación del poder? Juzgará la posteridad. Pero ese poder que ha sido y será en todos los tiempos el imán irresistible, no de los superhombres del pensamiento quizás, pero sí de los superhombres de la acción, ese poder era un desideratum de la nación...²⁹

Francisco Bulnes, por su parte, compara a Díaz con Augusto: “El general Díaz como el emperador Augusto, ha prodigado un gran respeto a la forma solemne de las instituciones, y ha ejercido el poder haciendo uso del *mínimum* de terror y del *máximum* de benevolencia... La fórmula de la paz de Augusto, conocida en el mundo por la paz octaviana, ha sido fielmente cumplida por el general Díaz...”.³⁰ Por todo ello, y pese a que el dictador mexicano no era positivista, aceptó la ayuda ideológica brindada por éstos. En última instancia - aunque no en la misma medida- los positivistas y Díaz se necesitaban uno al otro.

En Brasil, el Apostolado y “los cadetes filósofos” no se afiliaron al Partido Republicano. En una carta de Teixeira Mendez a Joaquim

²⁸ Bulnes, Francisco, “Discurso pronunciado en la segunda convención liberal”, *México en el siglo XX. 1900-1913*, p. 224.

²⁹ Sierra, Justo, “La era actual”, Mario Contreras y Jesús Tamayo, *México en el siglo XX ...*, p. 219.

³⁰ Bulnes, Francisco, “Discurso pronunciado...”, pp. 225-226.

Nabuco se explican las causas.³¹ El texto inicia con una cita de Comte traducida por Mendez, la cual hace referencia a la necesidad de que los grandes cambios sociales se lleven a cabo mediante reformas “desde arriba” que no permitan la rebelión y la revolución. Posteriormente le recuerda a Nabuco que el concepto de república de los positivistas se diferencia del manejado por el Partido Republicano, pues mientras miembros del partido abogaban por una democracia republicana, ellos lo hacían por una dictadura republicana. Por esto no se adherían al partido, o más exactamente, “a la heterogénea alianza republicana”; por el contrario, querían eliminar la monarquía creando en su lugar una dictadura de base republicana, donde el dictador no debía ser limitado, ni siquiera por el Parlamento que, en su opinión, debía disolverse. En su lugar proponían una descentralización administrativa, asegurándose la libertad moral y de conciencia. El Jefe de Estado disfrutaría de la confianza del pueblo, sin que su poder tuviera contrapesos en un parlamento que, para el caso de Brasil, fungía como un instrumento de los dueños de las plantaciones. En cuanto a la llamada “dictadura virtuosa”, los positivistas brasileños diferían no sólo del Partido Republicano, sino también de los “cadetes filósofos”. Su representante, Benjamim Constant, en un discurso pronunciado en un club militar en 1887 declaraba: “Se, no regime democrático é condenada a preponderância de qualquer classe, muito maior condenação deve haver para o predomínio da espada, que tem sempre mais fáceis e melhores meios de executar os abusos e a prepotências”.³²

Lins pone de relieve que, a pesar de la ruptura entre el Apostolado y Laffitte, Constant continuó relacionándose con Laffitte. Este último le envió una carta dirigida a Constant, en la cual declaraba que malinterpretaban a Comte aquellos que suponían que la dictadura virtuosa significaba una mera dictadura. La primera no descartaba la existencia de un poder legislativo, sino que condicionaba su función.

³¹ Carta de Teixeira Mendez a Joaquim Nabuco. Antônio Paim, *O Apostolado Positivista e A República...*, pp. 24-30.

³² Lins, Ivan, *Historia do Positivismismo no Brasil...*, p. 309.

De hecho la república dictatorial tenía que constituir una asamblea nacional constituyente.³³ Señalaba que, según Comte, la dictadura no significaba dominio absoluto de una persona, en ella el parlamento era necesario como un poder moderador. Robert Walpole llevó a cabo esta “dictadura virtuosa” en Inglaterra, así como Gambetta y Jules Ferry en Francia.³⁴

Después de que un golpe de estado -apoyado por los positivistas- derribara a la monarquía en 1899, en el gobierno del régimen republicano (Gobierno Provisional del general Deodoro) dos positivistas recibieron carteras: Benjamim Constant, ministro de Guerra, y Demétrio Ribeiro, ministro de Agricultura. Paralelamente, los diputados positivistas se mostraron muy activos en la Asamblea Nacional Constituyente, varias recomendaciones del Apostolado fueron introducidas en la Constitución, aunque la mayoría de la Asamblea Nacional Constituyente rechazó su proyecto constitucional. Las actividades de los pequeños, pero muy activos, grupos positivistas brasileños fueron tan relevantes que, a los ojos de sus contemporáneos, “parecía como si el positivismo se hubiera convertido en religión del Estado”. La gente aprendió nuevos conceptos, tales como sistema, integralidad, anarquía mental, dictadura republicana.³⁵

La opinión pública contemporánea no veía grandes diferencias entre el Apostolado y los “cadetes filósofos” a pesar de que los segundos rechazaban la idea de dictadura que defendían los primeros.

Después de la caída del Imperio, el Apostolado se dirigió al general-presidente Deodoro recomendando Mantener la gobernabilidad dictatorial que había existido durante el traspaso del poder; también pedían la disolución del Parlamento y la abolición de la institución parlamentaria, así como la creación de una comisión para la elaboración de la nueva Constitución Republicana sin convocar a la Asamblea Nacional Constituyente. La nueva Constitución, además, había de ser presentada a un plebiscito, y en ella se concedería a los

³³ *Ibid.*, p. 630.

³⁴ *Ibid.*, p. 631.

³⁵ *Ibid.*, p. 324.

estados constituidos por provincias de un alto nivel de autonomía.³⁶

El antiparlamentarismo del Apostolado surgía de la ya mencionada oposición a los *fazendeiros*, cuyos intereses eran contrarios al desarrollo industrial, pues el capital extraído del café se invertía de nuevamente en las plantaciones, siendo este el unico ramo en donde la industria era posible. Asimismo, para los *fazendeiros* el parlamento era necesario desde el punto de vista político, ya que allí podían materializar su voluntad política en leyes.

En enero de 1890 el Apostolado presentó su propio proyecto constitucional titulado *Orden y Progreso en nombre de la Humanidad, la Patria, la Familia*,³⁷ mismo que respondió a las metas de esta corriente ideológica. Si bien no fue aceptado, es interesante destacar algunos puntos por cuanto explican los objetivos políticos de los positivistas brasileños. Así, el Art. 1 establecía que Brasil era una “alianza de Estados” (República dos Estados Unidos do Brasil) y que “la República de los Estados Unidos de Brasil está constituida por la libre federación de los pueblos circunscritos dentro de los límites del extinto imperio de Brasil. Se compone de dos suertes de Estados confederados, cuyas autonomías son igualmente reconocidas y respetadas según las formas convenientes a cada caso”.³⁸

El título referente al Gobierno Federal reflejaba fielmente el punto de vista del Apostolado:

Título III. Do governo federal. Art. 10 – O Governo dos Estados Unidos do Brasil é republicano dictatorial federativo. Art. 11 – Cada Estado Ocidental Brasileiro organizará o seu governo próprio como julgar conveniente. Art. 12 – O Governo Federal competirá a um dictador instituído segundo as regras abaixo mencionadas. Art. 13 – Este ditador será assistido por uma assembléia orçamentária cujas funções e instituição serão indicadas abaixo. Art. 14 – Todas as funções políticas nos Estados Unidos do Brasil são delegações do Passado incorporado no Público, com o fim de preparar o bem estar da Posteridade.³⁹

³⁶ Paim, Antônio, *O Apostolado Positivista e A República...*, p. 52.

³⁷ El texto de la Constitución positivista la publica. *Ibid*, pp. 77-86.

³⁸ *Ibid*, p. 77.

³⁹ *Ibid*, p. 79.

El Título IV se ocupa de la personalidad del dictador. Podría mantener su posición de gobernante designando sucesor a la edad de 56 años. Éste debía ser aprobado por los estados miembros, de manera que tras su muerte (o renuncia), el sucesor tomaría el cargo. El Art. 16 enumeraba los derechos del dictador, que no eran sino aquellos que garantizaban el mantenimiento de sus funciones. En el Gobierno Federal, cuatro ministros habían de recibir carteras designados por el dictador: el ministerio conjunto de Guerra, Relaciones Exteriores, Justicia y Finanzas.

Según los positivistas, la dictadura se convertía en despotismo sólo si tras ella no se encontraban garantizados los derechos civiles. Por eso, el Art. 37 del Título XI enumeraba en nueve puntos las garantías del “Orden y Progreso” en toda la Unión. En ellos se recogían las libertades y derechos civiles liberales (libertad de reunión, de credo, de prensa y de opinión, etc.) Sin embargo, dicha Constitución no contemplaba cómo armonizar estas libertades con la dictadura.

A pesar de que esta iniciativa quedó sólo en papel, varias de las recomendaciones positivistas fueron incorporadas en la Constitución republicana de 1891: la separación del Estado y la Iglesia, el matrimonio civil, la descentralización política -y parcial- de la administración. Por lo demás, sus demandas constitucionales no encontraron un eco en la sociedad brasileña. A pesar de su dinamismo, los positivistas fueron arrinconados a los márgenes de la vida política, sólo entonces lograron verdaderos éxitos, a la hora de influir en la conformación de diversos aspectos del nuevo régimen republicano.

El positivismo y la religión

Curiosamente, el desenvolvimiento que el positivismo tuvo entre ciertos sectores sociales no se vio obstaculizado por la Iglesia católica, institución dominante en América Latina. Es un hecho que en varios países hubo algunas fricciones o “escaramuzas” en columnas periodísticas, pero en general no hubo grandes enfrentamientos. La explicación hay que buscarla en el hecho de que, en la mayoría de los

casos, los positivistas no manifestaron una conducta militante contra la Iglesia, así sucedió con el Apostolado brasileño, que seguían “la religión de la Humanidad” comtiana. La posición de los positivistas en relación con la religión partía de la ley de los tres estadios. Según ésta, el primer estadio (el teológico) fue la época en que la religión había jugado un papel importante. En el segundo estadio (el metafísico), y gracias al cuestionamiento de los liberales, se había logrado la separación Iglesia- Estado. Donde esto no tuvo lugar -por ejemplo, en Brasil- las propuestas positivistas fueron llevadas hasta el final. Ya en la primera sesión del Gobierno Provisional, el positivista Demétrio Ribeiro presentó una iniciativa de separación Estado-Iglesia, otorgando además la libertad de practicar cualquier culto, lo que en última instancia tenía como objetivo favorecer la inmigración.⁴⁰ Esta propuesta de ley recomendaba que las propiedades del Estado que habían sido expropiadas a la Iglesia le fueran devueltas a ésta. No obstante, la institución eclesiástica perdía otros privilegios. La mayoría de los positivistas defendían el exclusivo reconocimiento del matrimonio civil por parte del Estado. Pese a lo arriba expuesto, no hubo ataques a la Iglesia -principalmente a su dogmática-. El Apostolado consideraba que las mencionadas leyes ya habían establecido un marco de entendimiento adecuado entre instituciones eclesiásticas y estatales.

Los positivistas brasileños consideraban que la Iglesia “moriría” en el transcurso del periodo positivo; estaban convencidos de que el tiempo trabajaba en su favor. Enfrentaban a la religión católica, la religión positiva (la religión de la Humanidad), basada en la ciencia. Creían que tras el avance de la ciencia la religión positiva se reforzaba, de manera que con el tiempo se reconocería su necesidad y primacía.

Los positivistas mexicanos pensaban de la misma manera. Para este momento los liberales ya habían separado las instituciones estatales de las eclesiásticas; una parte de la riqueza de la Iglesia había sido confiscada y se había llevado a cabo parte de la reforma escolar, cuyo

⁴⁰ Lins, Ivan, *Historia do Positivismo no Brasil...*, p. 344.

propósito era promover una educación laica impartida por el Estado. Para Gabino Barreda, la Iglesia no representaba un peligro pues

...la filosofía positivista no aborrece a los teólogos ni a la teología. A los primeros los considera como retardados en la marcha de la humanidad y procura allanarles e iluminarles el camino del progreso y de la emancipación... La filosofía positiva, entre todas las escuelas emancipadoras, es la única que ha sabido reconocer y proclamar los inmensos servicios prestados a la humanidad por la teología bajo todas sus formas.⁴¹

Leopoldo Zea anota que Barreda quería convencer y no imponer. Desde este punto de vista se contraponía a los teólogos y a los metafísicos (y de esta forma, también a los liberales), por cuanto los primeros querían imponer su voluntad a “sus opositores” en lugar de convencerlos.⁴²

Los positivistas no discutieron con los teólogos asuntos relativos a la fe. Para los primeros, el mundo se componía de dos partes: lo que puede ser experimentado y lo que no, y como los dogmas eclesiásticos no eran parte de ese mundo experimentable, éstos no eran de su interés.

Durante el prolongado mandato de Porfirio Díaz, el Estado tampoco representó un peligro para la Iglesia católica mexicana; habían desaparecido las persecuciones de los liberales contra la Iglesia, y había un *modus vivendi* entre ambas instituciones. El Estado -a pesar

⁴¹ Zea, Leopoldo, *El positivismo en México. Nacimiento, Apogeo y Decadencia...*, p. 130. Las relaciones entre los positivistas y los conservadores (quienes durante el porfirato dieron voz a las opiniones de la Iglesia) a menudo se agudizaron, no estallando nunca entre ellos un enfrentamiento abierto. Marcel Nagy, *Cambios y continuidades en el pensamiento conservador mexicano decimonónico*. Tesis de Doctorado, Szeged, 2004.

⁴² Zea, Leopoldo, *El positivismo en México. Nacimiento, Apogeo y Decadencia...*, p. 130. Sobre la Iglesia latinoamericana véase: Enrique Dussel, “Historia de la Iglesia en América Latina. Una interpretación”, *Iglesia, Religión y Sociedad en la Historia Latinoamericana (1492-1945)*, Szeged, AHILA, tomo 1, 1989, pp. 13-19. Gyula Horváth, “La Iglesia en América Latina, 1820-1930. Los retos liberales y positivistas en Brasil y México”, *Acta Scientiarum Socialium*, Núm. XV, 2004, pp. 41-54.

de no haber abolido las leyes liberales contrarias a la Iglesia- no se entremetió en los asuntos eclesiásticos. En este sentido, es sintomático que se crearan nuevos obispados, aparecieran nuevas órdenes religiosas y se construyeran nuevas iglesias.⁴³

La mayoría de los positivistas latinoamericanos no siguieron a Comte y a Laffitte en la “religión de la Humanidad”, sólo en Brasil y Chile se construyeron algunas comunidades locales con esta religión.⁴⁴ La muerte de Lemos (1917) y de Mendez (1926) significó la muerte espiritual del Apostolado en Brasil, aunque hoy en día aún existe un templo de la “religión de la Humanidad” al que asiste un pequeño grupo de positivistas.

El positivismo y la cuestión étnica

En América Latina ninguna tendencia filosófica podía evitar la cuestión étnica, por cuanto que en el transcurso de la historia habían convivido varias razas en la mayoría de los países latinoamericanos.

En Brasil el tema de la esclavitud motivó el pronunciamiento de los positivistas, quienes se mostraron a favor de la liberación de los esclavos. Sin embargo, tenemos que llamar la atención a un hecho muy particular. De entre los positivistas latinoamericanos, los brasileños eran los únicos que contaron con su propio “concepto racial”. En una carta circular, el Apostolado redactó lo siguiente:

Introduzimos na propaganda abolicionista um ponto de vista novo, fazendo conhecer a teoria das raças devida a Augusto Comte. Malgrado os preconceitos correntes, partilhados pelos próprios abolicionistas, mostramos, segundo os ensinios de nosso Mestre, que a raça africana

⁴³ Murray, Paul V., *The Role and the Mission of the Catholic Church in Mexico*. <http://historicaltextarchive.com> 2004.

⁴⁴ En Chile, Jorge Lagarrigue fue el fundador de la Iglesia positivista. Se conoció en Paris con Laffitte, escribiendo en 1877 que “me atrae la religión de la Humanidad”. De regreso a Chile, funda la Iglesia positivista chilena. Jorge Lagarrigue: “Trozos del diario íntimo”, *Pensamiento Positivista*, tomo I, p. 143.

competia a superioridade afetiva sobre as outras duas (branca e amarela), e que somente assim podia-se explicar sua atitude resignada durante todo o tempo que durou a triste opressão a que fora tão injustamente reduzida.⁴⁵

En México, los positivistas reflexionaron en una nación de base mestiza.⁴⁶ Justo Sierra consideraba que, en el cuadro social, el mestizo ocupaba el lugar central; pensaba que había razas con mayor capacidad para sobrevivir y otras con menos. Tres eran las mayores: el blanco, el indio, el mestizo. Su opinión del blanco era que su tiempo había sido el estadio metafísico, representando un tipo de “pseudo-aristocracia” que había jugado un relevante papel histórico. Sierra también consideraba que los indios representaban la raza con menos capacidad de supervivencia. Las causas de ello eran la falta de alimentación y el analfabetismo: “Con esta alimentación puede ser el indio un buen sufridor, que es por donde el hombre se acerca al animal doméstico; pero jamás un iniciador, es decir, un agente activo de la civilización... El pueblo terrígena es un pueblo sentado; hay que ponerlo en pie”.⁴⁷

Sierra no quería excluir a los indios de la sociedad, pues éstos podrían jugar un papel importante en un futuro lejano (en el estadio positivo, industrial). Por ello, los indígenas contemporáneos debían soportar sus sufrimientos y, con trabajo y fidelidad ciudadana, contribuir al desarrollo del estadio positivo que, a la larga, redundaría en su beneficio, pues tendrían una libertad acorde con su grado de madurez. Sierra recurría de nueva cuenta a Spencer, pues para él la integración del indio en la sociedad era parte del desarrollo. Dicho

⁴⁵ “Oitava Circular anual – 1889” (de Apostolado). Antônio Paim, *O Apostolado Positivista e A República...*, pp. 20-21.

⁴⁶ Ádám Anderle ha escrito sobre el positivismo y la modernización de la conciencia nacional. Ádám Anderle, *Conciencia nacional y continentalismo en América Latina en los siglos XIX y XX*. Kossuth Kiadó, 1989; Ádám Anderle: “El positivismo y la Modernización de la Identidad Nacional en América Latina”, *Anuario de Estudios Americanos*, tomo XLV, 1988, pp. 419-484.

⁴⁷ Citando a Sierra, Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, Apogeo y Decadencia...*, p. 409.

proceso funcionaba automáticamente, pues sólo con educación y una mejor alimentación podría elevarse al indio a niveles más altos de integración social.

Para justo Sierra la familia mestiza representa la tendencia dinámica de la historia de México. Ella "...ha constituido el factor dinámico de nuestra historia... ha quebrantado el poder de las castas privilegiadas, como el clero que se obstinaba en impedir la constitución de nuestra nacionalidad sobre la base de las ideas nuevas hoy comunes a la sociedad civilizada... ha facilitado en medio de la paz el advenimiento del capital extranjero... ha fundado la ley; y a la vuelta de una generación habrá fundado en los hechos la libertad política".⁴⁸ De igual manera consideraba que en México "no hay más clase en marcha que la burguesía; ella absorbe todos los elementos activos de los grupos inferiores... La división de razas... en realidad va neutralizando su influencia sobre el retardo de la evolución social...".⁴⁹ Naturalmente, esta burguesía, la cual -según Sierra- era la única fuerza capaz de sobrevivir, tenía el mérito de fundirse con los grupos dinámicos raciales, y con ello "neutralizar" la cuestión étnica.

La supervivencia del positivismo

En México, como resultado de la revolución de 1910 apareció una nueva tendencia política: el populismo. No se puede determinar que la etapa inicial de la Revolución mexicana fuera antipositivista.⁵⁰ Francisco Madero regresó a las ideas liberales, pero no actuó contra el positivismo. Con el presidente Álvaro Obregón se inició el desarrollo del populismo en México, el cual alcanzó su época dorada durante la presidencia de Lázaro Cárdenas. El populismo adoptó varios puntos del programa positivista. Por ejemplo, la búsqueda de un Estado fuerte

⁴⁸ Sierra, Justo, *La influencia de la raza en la historia*. Citado por Leopoldo Zea. *Ibid*, p. 412.

⁴⁹ Sierra, Justo, "La era actual", Mario Contreras y Jesús Tamayo, *México en el siglo XX* ..., p. 211.

⁵⁰ Szabó H., Sára, "A mexikói forradalom maderista szakasza" ("La época maderista de la Revolución mexicana"), *Világtörténet*, Núm. 4, 1988.

y la creencia en la necesidad de un programa de desarrollo económico a gran escala. Sin embargo, todo esto tenía efecto en un ambiente político y social muy diferente.

En Brasil, la “revolución” de 1930 puso fin a la vieja república. Era de esperar que la política ensayada por Getúlio Vargas rompiera con el positivismo. Nuestra opinión es que ello no ocurrió, al menos no de manera completa. Incluso el *Estado Novo* de Vargas puede ser considerado como un tipo de “populismo positivista”. Vargas y sus colaboradores participaron en la educación positivista. Vargas, con un gobierno fuerte y centralizado, quería acelerar el desarrollo del capitalismo tardío con una política económica de sustitución de importaciones. En 1937 introdujo el *Estado Novo*, prohibió los partidos políticos e hizo caso omiso al Parlamento, pretendiendo con ello asegurar el “orden” necesario para el progreso.⁵¹ El régimen de Vargas se parecía mucho al programa de los positivistas brasileños de 1890-91. De hecho, la política seguida por él respecto del proletariado y la pequeña burguesía urbana era similar al concepto de los positivistas. Con la ayuda de los sindicatos “oficiales”, Vargas integró dentro del régimen al proletariado y a la pequeña burguesía que había aumentado numéricamente durante el siglo XX.⁵² De esta forma, Vargas incorporó al proletariado en la maquinaria estatal a través de los sindicatos. Después de esto, consiguió integrar, en gran medida, a comunistas y fascistas.

Podemos afirmar que el positivismo tuvo cierta influencia durante la etapa populista de muchos países latinoamericanos durante la primera mitad del siglo XX, principalmente en el caso de Brasil. En

⁵¹ Levine, Robert M., *O Regime de Vargas. Os Anos Críticos. 1934-1938*, Rio de Janeiro, Editora Nova Fronteira, 1980; Ágnes Judit Szilágyi, *Távolodás Európától. Nemzetépítés és kultúrpolitika Braziliában az Estado Novo idején 1937-1945* (Receso de Europa. La construcción de una nación y la política cultural en Brasil durante el Estado Novo, 1937-1945), Budapest, Áger Bt., 2004. Los populistas tomaron también de los positivistas la importancia del presidencialismo. Véase Domingo Lilón, *Carisma autoritarismo y presidencialismo en América Latina*, Acta Scientiarum Socialium. Tomus II, 1998.

⁵² “Discurso de Demétrio Ribeiro, 11 de diciembre de 1889”, Antônio Paim, *O Apostolado Positivista e A República...*, pp. 327-329.

este sentido, resulta necesario profundizar en los estudios sobre el positivismo y su influencia, temas que pese a su interés, han sido prácticamente ignorados por la historiografía contemporánea.



Recibido: 10 de junio de 2005
Aceptado: 13 de julio de 2005